

# LA DOBLE MISIÓN CONJUNTA E INSEPARABLE DEL VERBO Y DEL ESPÍRITU EN LA HISTORIA SALVÍFICA Y LA MEDIACIÓN MATERNA DE MARÍA.

J. FERRER ARELLANO  
Madrid 1998

## 1. INTRODUCCIÓN

Esta comunicación recoge algunos aspectos de un estudio más amplio<sup>1</sup> sugerido por la lectura atenta de la invitación que S. S. Juan Pablo II hace a la Iglesia a consagrar de modo especial al Espíritu Santo este segundo año de la fase preparatoria al próximo jubileo del año dos mil<sup>2</sup>.

<<El gran Jubileo que concluirá el segundo milenio -escribía en la Encíclica *Dominum et vivificantem* (...) tiene una dimensión pneumatológica, ya que *el misterio de la Encarnación se realizó por obra y gracia del Espíritu Santo*. Lo realizó aquel Espíritu que -consustancial al Padre y al Hijo- es, en el misterio absoluto de Dios uno y trino, la Persona-amor, el don increado, *f fuente eterna de toda dádiva* que proviene de Dios *en el orden de la creación*, el principio directo y, en cierto modo, el *sujeito de la autocomunicación de Dios en el orden de la gracia*. *El misterio de la Encarnación constituye el culmen* de esta dádiva y de esta autocomunicación divina<sup>3</sup>.

>>El Espíritu es Aquél que *construye el Reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo*, animando a los hombres en su corazón y haciendo germinar dentro de la vivencia humana las *semillas de la salvación definitiva que se dará al final de los tiempos*.

>>Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que *poseemos las primicias del Espíritu*, nosotros mismos gemimos en nuestro interior *anhelando el rescate de nuestro cuerpo*. Porque nuestra salvación es en la esperanza>> (Rm 8, 22-24). Los cristianos están llamados a prepararse al Gran Jubileo del inicio del tercer milenio *renovando su esperanza en la venida definitiva del Reino de Dios*, preparándolo día a día en su corazón. (...)

>>María, que concibió al Verbo encarnado por obra del Espíritu Santo y se dejó guiar después en toda su existencia por su acción interior (...) la mujer dócil a la voz del Espíritu, mujer del silencio y de la escucha, mujer de esperanza (...) *resplandece como modelo* para quienes se fían con todo su corazón de las promesas de Dios. (...)

>>El Año Mariano 1987/88, fué muy esperado y profundamente vivido en las iglesias locales, y especialmente en los santuarios marianos del mundo entero. La Encíclica *Redemptoris Mater*, publicada entonces, evidenció la enseñanza conciliar sobre *la presencia de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia*>><sup>4</sup>.

Es fácil advertir en esta *invitación* que hace el supremo pastor de la Iglesia a *reavivar la esperanza en la plena realización del designio salvífico de Dios* -que comienza a las puertas del Paraíso (Gen 3, 15)- la siguiente *secuencia de proposiciones teológicas*, en el contexto de su rico magisterio:

<sup>1</sup> *La doble misión conjunta del Verbo y del Espíritu como "Incarnatio in fieri", consecuencias eclesiológicas y mariológicas*, de próxima publicación, en "Annales Theologici", Roma.

<sup>2</sup> *Tertio milenio adveniente*, nn 44-48 y 26.

<sup>3</sup> Carta Enc. *Dominum et vivificantem* (18 Mayo 1986), 50: AAS 78 (1986), 869-870).

<sup>4</sup> Esta presencia de María en la Iglesia no tiene sólo -según la "Redemptoris Mater"- un significado de mera ejemplaridad arquetípica y de intercesión como algunos sostienen todavía. "María no es sólo modelo y figura de la Iglesia sino mucho más" (RM,44): es Madre de la Iglesia y con la Iglesia, que recibe de Ella una incesante cooperación maternal de intercesión y distribución de las gracias que ha contribuido a adquirir, en las que se hace concreta y vital su mediación materna. Este influjo materno alcanza a cada uno de los hombres llamados a la salvación, precisamente en cuanto es Madre de la Iglesia toda, la cual es como "una mística persona" que refleja su imagen. Cfr. J. FERRER ARELLANO, *La persona mística de la Iglesia, esposa del nuevo Adán*, "Scripta Theologica" XXVII. (1995) 3, 789 a 860.

1) *La Encarnación del Verbo por obra del Espíritu es la culminación de un proceso que la prepara y anticipa, en el orden de la creación y en el orden de la gracia, que abarca la historia entera de la salvación, y no concluirá hasta el escatológico advenimiento del Reino consumado*, cuando Dios sea, en la "plenitud de Cristo", la Iglesia del Verbo encarnado (en el Reino consumado de la Jerusalén celestial), todo en todos, y haya puesto a todos sus enemigos, por la fuerza del Espíritu, debajo de sus pies-.

2) *Este proceso puede ser calificado de "Incarnatio in fieri"*. Esta conocida expresión, inspirada en S. Ireneo, es tan sugerente como legítima, siempre que se entienda el devenir *no en sentido determinista* -fusicista o dialéctico hegeliano (Hegel desfigura la Revelación bíblica en clave inmanentista, inspirada en Spinoza y en la gnosis dialéctica de Böhme)<sup>5</sup>- sino *histórico bíblico*.

La obra salvífica de Dios es histórica. *La historia profana y la historia salvífica son en realidad dos dimensiones -orden de la creación y orden de la gracia- de una historia única*. Se lleva a cabo a través de *una sucesión de acontecimientos libres* -que emergen del concurso de la Libertad increada y, fundada en ella, de la libertad creada- situados en el tiempo, *que aportan algo nuevo y producen algún cambio*. Son los *kairoi*, los tiempos dispuestos y propicios, para un acontecimiento dado (cf. Mc 1, 15; Gál 4, 4; Ef 1, 10). La historia es -como dice acertadamente L. Polo- un discontinuo de comienzos libres<sup>6</sup>.

*Las etapas históricas señaladas por los acontecimientos son verdaderos momentos cualitativamente distintos, en progresión creciente* extensiva e intensiva *de la autocomunicación de Dios*; tanto en la preparación de la Encarnación, como en su realización en la existencia histórica de Jesucristo (se produjeron venidas sucesivas del Espíritu sobre Jesús hasta su consumación pascual) y en el ulterior despliegue de su plenitud desbordante hasta la escatológica recapitulación de todo en el Cristo total, en un universo transfigurado al fin de la historia salvífica.

3) *Esa culminación tiene, pues, dos fases*: en Cristo la cumbre del progreso se da ya, virtualmente, *en la consumación del misterio Pascual*. Comienzan con El, los tiempos escatológicos (la plenitud de los tiempos). Lo acontecido después de la Pascua del Señor es *mero despliegue de su plenitud desbordante hasta la formación del Cristo total*, cuando se complete el número de los elegidos en un universo transfigurado: nuevos cielos y nueva tierra.

4) En ese proceso histórico intervienen las Personas del Verbo y el Espíritu -"las dos manos del Padre" (S. Ireneo (Cfr. *Adv. Haer., textos cits. en CEC 703*))- , tanto en la *creación* como en la *doble misión salvífica* de ambas<sup>7</sup> -de manera

---

<sup>5</sup>Cf. V. H. VON BALTHASAR, *Teológica*, 3. *El Espíritu de verdad*, Madrid 1998, 153 ss. En cuanto al influjo de J. Böhme, véase la conocida obra sobre HEGEL de C. FABRO. Tampoco entiendo esa expresión como una evolución ascendente y universal desde el átomo hasta el Cristo cósmico, punto omega de un proceso inmanente expuesto a la amnera de Teilhard- con un lenguaje práctico cuya ambigüedad parece sugerir un inmanentismo radical sin trascendencia creadora y gratuidad en el designio salvífico sobrenatural que culmina en el misterio de la recapitulación de todo en Cristo.

<sup>6</sup>Cf. Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, Barcelona 1991, 41 600 y passim. O. CULLMANN, *La salut dans l'Histoire*, Neuchantel 1996, 198 ss. Cf. J. FERRER ARELLANO, *Metafísica de la relación y de la alteridad*, Pamplona c. II, 1998 (Eunsa).

<sup>7</sup> *Los textos del Nuevo Testamento y la manera de hablar de los Padres orientales, muy cercana a la Escritura, no parece favorecer la opinión tradicional de la Teología clásica de Occidente, hasta*

siempre conjunta e inseparable- en *la autocomunicación por la gracia* de la Trinidad al hombre y -en virtud de su relación con él, por redundancia- a la creación entera.

5) La autocomunicación salvífica de la Trinidad en Jesucristo se realiza con *el doble movimiento de la alianza nupcial de Dios con el hombre* -cuyas fases previas (Noe, Abraham, Moisés) preparan la nueva y definitiva alianza en la Sangre de Cristo-: *descendente* (don del esposo) y *ascendente* (don de la esposa).

El *primero -descendente-* coincide con *la doble misión visible del Verbo y del Espíritu* que culmina en la Encarnación a lo largo de toda la existencia histórica redentora de Jesús hasta su consumación en Pascua y Pentecostés (A).

El *segundo -de retorno-* es obra de *las misiones invisibles* del Espíritu y del Verbo que recapitulan progresivamente bajo Cristo como nueva Cabeza de la humanidad caída y por El redimida -como nuevo Adán- constituyéndole “en pueblo de conquista” de Dios Padre -que establece el Reino mesiánico- con el concurso de la libertad humana (B).

A. El *proceso descendente*, que coincide con la *doble misión visible del Verbo y del Espíritu Santo* comienza a realizarse de modo dispositivo-incoativo en las puertas del Paraíso, como anuncia el Protoevangelio; si bien *adquiere perceptibilidad histórica discernible con la vocación de Abraham*, especialmente en las teofanías, en el arca de la alianza, y en los personajes elegidos -guías y conductores del pueblo, profetas, sacerdotes- que *prefiguran e incoan la presencia visible salvífica del Verbo encarnado*, Mediador, sacerdote, profeta y rey "*nondum*

---

*Petavio*, según la cual toda operación *ad extra* de Dios en la criaturas podría, a lo sumo, apropiarse a una Persona divina, sin que puede decirse que le sea propia. Hay una *diferencia esencial entre la creación primera -orden de "la naturaleza"*, entendida como resultado de la Palabra Creadora de Dios Padre en el Espíritu- y la *elevación sobrenatural de aquella, gratuita y a ella trascendente* para hacerla partícipe de la vida inmanente trinitaria, tanto prelapsaria (orden de justicia original), como postlapsaria (orden de restauración de la vida sobrenatural que culmina en la Encarnación redentora).

Scheeben acierta plenamente cuando afirma que las misiones trinitarias no pueden ser consideradas como una simple apropiación a una Persona divina de algo que fuese común a la Trinidad. *Las misiones son la participación real de la criatura espiritual en la Procesiones eternas del Hijo y del Espíritu Santo* que son la vida íntima de Dios. Como escribió San Atanasio, <<aquéllos a los cuales se ha dicho: sois dioses, no han recibido esta gracia del Padre si no es participando del Verbo por el Espíritu>>.

Se ha extendido bastante en la teología contemporánea, por influjo de Rahner, la propuesta del Padre De la TAILLE de explicar la Encarnación la inhabitación y la visión beatífica por causalidad cuasi formal: actuación creada por el Acto increado poseído de modo propio por cada Persona. A mi me parece que se trata más bien de una presencia fundante de participación Koinonia, a la que hace referencia -sin fundamentarlo metafísicamente- Scheeben, que expone muy convincentemente en numerosos escritos F. OCARIZ. Cfr. *Hijos de Dios por el Espíritu Santo*, en “Scripta Theologica” XXX (1998) 491, que desarrolla las ideas de Scheeben: “la misión de una Persona divina se verifica en el hecho y mediante el hecho de que la criatura racional participa de la misma”. M. J. SCHEEBEN, *Los misterios del cristianismo*, Herder, 2ª ed., Barcelona 1957., 190).

La irrenunciable premisa de la unidad de la operaciones *ad extra* de Dios, exige afirmar que es la Santísima Trinidad quien comunica *ad extra* la naturaleza divina, adoptándonos como hijos. Pero *esta acción “ad extra”*, que es la elevación sobrenatural, *tiene un término “ad intra”* de Dios: la introducción en la Santísima Trinidad como hijos en el Hijo. *Introducción que se realiza por el envío (misión invisible) de Espíritu santo a nuestro espíritu*. Que somos hijos de Dios por el Espíritu Santo, no significa que el Paráclito sea causa eficiente de la filiación adoptiva (la causa eficiente es Dios Uno y Trino), sino que somos introducidos en la vida intratrinitaria como hijos en el Hijo por la participación en el Espíritu Santo, por la caridad; *unión que “plasma” en el espíritu finito la participación (semejanza y unión) al Hijo*, por la cual *en el Hijo se es hijo del Padre*.

*incarnatum, sed incarnandum*", antes de la plena misión visible del Verbo y del Espíritu en la Encarnación y en Pentecostés. La misión visible del Verbo en la carne de Cristo es acompañada -durante su existencia histórica redentora impulsada por el Espíritu- de una *visibilidad intermitente del Espíritu* que inhabitaba su Humanidad santísima (en la *sombra* que cubre a María en el *fiat* de la Encarnación, la *paloma* del bautismo en el Jordán, o la *nube* de la transfiguración- hasta el *fuego* y el *viento* impetuoso de Pentecostés). Es entonces en la plenitud de la Pascua cuando es constituido Jesús en nuevo Adán y Cabeza potencial de la humanidad rescatada.

Esta *doble misión visible*<sup>8</sup> coincide, pues, con el proceso de la *redención objetiva o adquisitiva*, preparada -y *dispositivamente incoada*- por el pueblo de la antigua alianza y sacramentalmente presente, entre la Ascensión y su segunda venida de Cristo en la Iglesia de la nueva Alianza como oferta de salvación a la libertad humana, de todos los hombres uno por uno.

B. *Consumada la obra que el Padre confió al Hijo en la tierra* (cf. Jn 17, 4), *fue enviado el Espíritu Santo en el día de Pentecostés para que* indeficientemente santificara a la Iglesia, y de esta forma *los que creen en Cristo pudieran acercarse al Padre en un mismo Espíritu* (cf. Ef 2, 18) (LG 4a).

*La misión visible del Espíritu en Pentecostés, es la manifestación sensible de su misión invisible a lo largo de toda la historia salvífica* -siempre conjunta e inseparable de la del Verbo-, que habitan -con el Padre que los envía, en la unidad de la "perikoresis" trinitaria- en los corazones que libremente acojan el Don salvífico ofrecido a la descendencia entera de Adán, de todas las etnias, lenguas y épocas (de muy diversas formas -algunas conocidas sólo por Dios-). Es el *proceso ascendente* de la *redención aplicada o subjetiva* de los hombres -uno a uno- que redunda en el cosmos de manera oculta (en virtud de *las semillas y primicias del Espíritu*) hasta su plena consumación en los nuevos cielos y nueva tierra del Universo transfigurado haciéndoles partícipes de la plenitud de gracia capital de la humanidad de Cristo.

*Este proceso ascendente de retorno al Padre en la unidad del Cristo total, abarca la historia entera, desde las puertas del Paraíso perdido, hasta el Reino consumado metahistórico de la Jerusalén celestial*, que es historia salvífica: la historia de la progresiva formación del Cristo total, de la recapitulación de todo en Cristo, cuando Dios sea todo en todo, desde el justo Abel hasta el último de los elegidos. *En este proceso de retorno el orden de las misiones invisibles es inverso al de las procesiones trinitarias* y sus misiones visibles.

---

<sup>8</sup>Calificamos de visible el proceso descendente de la doble misión en *sentido lato*, en cuanto se manifestaba intermitentemente en la antigua ley por teofanías -antes de su plena visibilidad por la existencia histórica de Cristo, del Verbo, y del Espíritu en Pentecostés-, prefiguraciones típicas en un proceso que permanece oculto (Cfr. CEC 703), pero discernible como tal solo a la luz del NT. Tampoco las misiones invisibles de la gracia de inhabitación, son puramente invisibles, pues a veces tiene manifestaciones carismáticas llamativas y -en todo caso- se manifiesta corpóreamente en el rostro y el comportamiento humano, que reflejan a Cristo de modo cuasi-sacramental. La visibilidad no es, sin embargo, oficial o funcional de la persona -en ese sentido es menos perceptible en sí misma-.

K. Rahner insiste en la perceptibilidad histórica de la gracia increada en la Palabra a lo largo de toda la historia salvífica, que califica en términos de cuasi sacramentalidad ahí donde no alcanza su plenitud en las autorrealizaciones necesarias de la Iglesia en los sacramentos (K. RAHNER, *La iglesia y los sacramentos*, Barcelona 1970. Cfr. también SCHILLEBECK, *La Iglesia sacramento del encuentro con Cristo*, Bilbao 1967).

6) La realización procesual histórica del designio salvífico de la Trinidad precisa de la *libre cooperación de la libertad creada que acepta el don de Dios* en los *dos movimientos, ascendente y descendente* o de retorno de la doble misión. Ante todo de la Humanidad del Verbo encarnado nuestro redentor, y la de María (a la que quiso asociar, en representación de toda la humanidad, como nueva Eva - madre de los vivientes- en la restauración de la vida sobrenatural perdida en el pecado de los orígenes).

Pero aquella redención se hace efectiva con la libre cooperación de los redimidos para que se realice la obra de la redención.

*El "fiat" de María en la Anunciación*, mantenido a lo largo de toda su vida, *es el modelo luminoso de la relación personal entre Dios y todo hombre*, en la que éste encuentra su plenitud espiritual, según el paradigma de la unión o alianza nupcial de Dios con la humanidad<sup>9</sup>. Por eso ha sido calificada como *dimensión mariana* de la Iglesia.

*La imagen de la Mujer-Esposa alude a este "misterio" (Ef 5,32) el más íntimo de la Iglesia, verdadera razón formal de su existencia, como culminación que es del misterio de la "alianza"*. Se trata siempre de la voluntad divina de no salvar a los hombres sino asociándolos, a título de instrumentos libres, a la obra de la salvación, propia y ajena, para que todos cooperaran con El -para decirlo con la conocida formulación de la Encíclica de Pio XII "*Mystici Corporis*" (AAS,1943,217)- a comunicarse mutuamente los frutos de la Redención. "No por necesidad, sino a mayor gloria de su Esposa inmaculada".

Tal es *la ley de la alianza nupcial* de Dios con los hombres, preparada y proféticamente prefigurada en la antigua alianza con Israel, y realizada en la nueva y definitiva alianza en Jesucristo, en las tres fases o momentos que distingue la tradición de los Padres: *esponsales* en la Encarnación (el "*ecce venio*" (Heb 10, 7) del ingreso del Verbo encarnado en este mundo en el instante del sí de María, que sigue al "*ecce ancilla*" (Lc 1, 38)), *bodas* en el Calvario (los desposorios con la Iglesia naciente que adquiere con el don de su vida entregándole como arras el don de su Espíritu) y *consumación de la bodas* en el misterio eucarístico, fuente de toda vida sobrenatural del Cuerpo místico (cf. 1 Cor 10,7; SC 9), como prenda y *anticipación sacramental del las bodas del Cordero con la Esposa que desciende del Cielo*, la nueva Jerusalén escatológica del Reino consumado (Cf.Ap 21,2).

7) *La misión salvífica del Espíritu -don del Esposo-* es el fruto de la consumación de la misión visible redentora del Hijo -guía e impulsada por el Espíritu eterno (Heb 9, 14)- en la Pascua del Señor (*fruto de la cruz*, según la sugerente y lacónica expresión del Beato Josemaría E.). Es el Don fontal -*fons vivus, spiritualis unctio*- *que otorga sus dones jerárquicos y carismáticos a cada miembro, según su personal participación en la misión de la Iglesia*. Estos dones son -en unidad estructural orgánica (LG 11)-, *otras tantas participaciones de la mediación teándrica de Cristo* que capacitan a quienes las reciben a cooperar a la obra de la salvación de sus hermanos que la caridad (la vida sobrenatural de la gracia) opera. Ya antes de Cristo venido se dieron formas de mediación que anunciaban, disponían y anticipaban -con virtualidad salvífica- aquella fontal mediación del "*Unus mediator*".

Son diversas expresiones del *Don del Esposo (movimiento descendente de la doble misión del Verbo y del Espíritu)*, que hacen posible -capacitan- y reclaman el

---

<sup>9</sup>AG, 18-IV-1990, 6. Cfr. JUAN PABLO II, *El Espíritu Santo*, catequesis de las audiencias generales, Madrid, Palabra, 1996, 1998.

*don de la Esposa (movimiento ascendente de la misma), para cooperar con el Esposo en la trasmisión de vida sobrenatural, en orden a la génesis y formación del nuevo Pueblo de Dios Padre, contribuyendo así a la dilatación del Reino de Dios, cada uno según su propia vocación particular<sup>10</sup>, que participa de la misión de la Iglesia, sacramento de la misión del Verbo y el Espíritu.*

8) *La estructura orgánica de la Iglesia institucional que forman las gracias jerárquicas y carismáticas de mediación -siempre bajo la impronta de la dimensión petrina de la Iglesia- está la servicio de la comunión salvífica de caridad de los hombres con Dios y entre sí, que se actualiza en la libre respuesta del amor fiel de la Esposa con su don de amor actualizado por las gracias de santificación al don del Esposo.*

Las primeras -a diferencia de las segundas- admiten un mal uso o abuso. Son gracias, *gratis datae*, "poderes" derivados de la *euxosia* de Cristo que se otorgan para el bien de los demás -de modo directo, pue su buen uso es fuente de santificación personal-; no "buenas cualidades de la mente" o "hábitos buenos", entitativos y operativos, que santifican directamente a quien los recibe, como las gracias de santificación -*gratum facientes*- con las que "*recte vivitur et nemo male utitur*", según la conocida fórmula agustiniana (*De libero arb.* II, 18 y 19). Los carismas, sin embargo, (que no son sino concreciones de la misión genérica, cultural, santificadora, a la que capacitan, facultan y obligan los caracteres sacramentales), pueden ser mal ejercidos por quienes los reciben "*in corum perniciem*", según la conocida expresión de S. Agustín, muy repetida en la controversia donatista.

9) *Las gracias de mediación propias de la dimensión petrina de la Iglesia - que alcanza, en el límite, el opus operatum, en la verdad (infallibilidad), y en la vida (sacramentos)- son participaciones de la unción de Jesús por el Espíritu Santo. El "actúa" la unión hipostática del Verbo con su Humanidad que la constituye en pontífice mediador entre Dios y los hombres -como sacerdote, profeta y rey- que es la raíz de la plenitud de gracia creada que santifica su Humanidad Santísima como Cabeza de la humanidad redimida, "llena de gracia y de verdad". De esta plenitud capital de mediación (Unus Mediator) y de vida, todos recibimos gracia tras gracia (Jn 1, 14), por obra del Espíritu Santo (que nos hace partícipes de la mediación de verdad y gracia de Cristo).*

*(Antes de Cristo venido había ya esbozos prefigurantes de la Unción del Mesías `por el Espíritu en la unción sacerdotal profética o regal de personajes que*

---

<sup>10</sup>JUAN PABLO II hace referencia a éste doble aspecto de la participación en la Capitalidad de Cristo, de mediación y de vida de gracia, en este texto de "*Mulieris dignitatem*" (n.27): "La unión orgánica de la Iglesia como Pueblo de Dios con Cristo expresa el "gran misterio" de la Carta a los Efesios: la Esposa unida a su Esposo. Unida, porque vive su vida; unida porque participa de su triple misión -"*tria munera Christi*"- (es decir, de su Mediación)... "En el ámbito del "gran misterio" de la Iglesia, todos están llamados a responder -como una esposa- con el don de sí, al don inefable del amor de Cristo Redentor, único Esposo de la Iglesia. Así se expresa el sacerdocio real, que es universal, que concierne, obviamente, también a los que reciben el sacerdocio ministerial".

El ministerio ordenado, en efecto, tiene la función de asegurar de modo infalible ("*opus operatum*") la presencia del don salvífico de Cristo, Cabeza y Esposo de la Iglesia, "para hacer que el entero pueblo sacerdotal de Dios pueda ofrecer su culto y oblación espiritual" como don de la Esposa (Mons.A.del PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, Madrid, 1970,115). De ahí la ineludible necesidad del ministerio ordenado (su "prioridad funcional" en terminología de Pedro Rodríguez, que está al servicio de la "prioridad sustancial" del sacerdocio común, en cuya actuación se obtiene la comunión salvífica con Dios: la santidad a la que todos están llamados).

*lo anunciaban tipológicamente en la antigua alianza y disponían a su advenimiento, anticipando su virtualidad salvífica).*

*Las gracias de santificación pertenecen a la dimensión mariana de la Iglesia, prefigurada por otra línea tipológica centrada en personajes femeninos y en vaticinios proféticos en torno al tema recurrente "hija de Sión" que preparan y anuncian -en el contexto de la alianza salvífica- la mediación materna de María, el don de la Esposa que se ejerce y manifiesta en la Iglesia esposa de Cristo, en su dimensión mariana (la que H. Urs Von BALTHASAR llama su rostro mariano), en virtud de la gracia de santificación por la que aporta el don de la Esposa como corredentora -con una maternidad virginal tipificada, y hecha posible por la de María-, para que se realice la obra de la salvación, unida en abrazo conyugal del Esposo en virtud del misterio escarístico (S. Agustín, Psalm. 74, 4). Por él se realiza, en efecto, la obra de la salvación hasta que El venga, y haga nuevas todas las cosas, siendo "todo en todos".*

<<En la Iglesia esta comunión de los hombres con Dios por "la caridad que no pasará jamás" (1 Co 13, 8) es la finalidad que ordena todo lo que en ella es medio sacramental ligado a este mundo que pasa (cf LG 48). "Su estructura está totalmente ordenada a la santidad de los miembros de Cristo. Y la santidad se aprecia en función del gran Misterio en el que la Esposa responde con el don del amor al don del Esposo" (MD 27). María nos precede a todos en la santidad que es el misterio de la Iglesia como la "Esposa sin tacha ni arruga" (Ef 5, 27). Por eso "la dimensión mariana de la Iglesia precede a su dimensión petrina>> (Ibid). (CEC 773)<sup>11</sup>.

*Tal es -en apretada síntesis, cuyos aspectos fundamentales glosa a continuación- la teología propuesta en el riquísimo magisterio de Juan Pablo II, en buena parte recogido en la Catecismo de la Iglesia Católica. Si se le presta más atención -de un evidente déficit de ella se lamentaba en el Simposio que celebramos estos días el Prof. Brunero Gherardini- estoy convencido que desaparecerían las objeciones de una CTI -muy mal inspirada a mi juicio- a la amplísima petición del Pueblo de Dios a la declaración dogmática de la mediación materna de María -plenamente preparada, a mi juicio, en el plano doctrinal por las perspectivas abiertas en la Redemptoris Mater de 1987-, y se evitarían muchos reduccionismos de un empobrecedor racionalismo, con frecuencia asfixiante, que dificulta notablemente, a mi parecer, la causa del ecumenismo -contra la intención de sus fautores-, que sólo en la contemplación de la fascinante belleza del plan salvífico, en toda su riqueza bíblica -tal como la propone el más reciente magisterio de Juan Pablo II- puede avanzar hacia la plena unidad de los discípulos de Cristo*

## **II. LAS DIVERSAS FASES -EN SU DOBLE MOVIMIENTO, DESCENDENTE (DE DIOS AL HOMBRE) Y DE RETORNO (DEL HOMBRE A DIOS)- DE LA DOBLE MISIÓN DEL VERBO Y DEL ESPÍRITU EN LA HISTORIA SALVÍFICA HASTA SU CONSUMACIÓN FINAL.**

---

<sup>11</sup>Al doble "*fiat*" a la divina voluntad creadora y redentora -de Nazaret al Calvario- del nuevo Adán, en el que participa su Madre, de manera "*prorsus singularis*" (LG, 61), como nueva Eva -presente en el caso límite, como "*opus operatum*" (sacramentos en el orden de la vida, y magisterio infalible en el orden de la verdad) en la Iglesia institucional desde Pentecostés-, debe adherirse libremente el libre *fiat* de los redimidos -uno a uno- para que cooperen a la obra de la salvación propia y ajena, que es el Reino de la divina voluntad salvífica de la recapitulación de todo en Cristo. El Bto Aníbal de FRANCIA propagó los interesantes escritos de la sierva de Dios, Luisa Piccarreta sobre el Reino de la divina Voluntad de extraordinaria profundidad teológica.

Como ya anunciábamos, *son tres las fases de la realización del designio salvífico de Dios mediante la doble misión del Verbo y del Espíritu hasta su pleno cumplimiento escatológico* en la recapitulación de todo en Cristo. (De este tema trato ampliamente en mi estudio “La doble misión como *Incarnatio in fieri*”, cuyos aspectos fundamentales resume este apartado).

### A. La primera fase es la preparación de la Encarnación

En prefiguraciones cristológicas, y en anuncios proféticos que hacen salvíficamente presente al Verbo en el Espíritu, a veces de modo visible, en numerosas teofanías, de lo que se manifestará plenamente cuando el Verbo de Dios venga en carne mortal por obra del Espíritu Santo que será dado en la plenitud de los tiempos escatológicos.

Este movimiento descendente de la doble misión, dispone -e interpela a la libertad creada, que puede negarse- al retorno salvífico del hombre a Dios por la gracia de Cristo que obra por anticipación en virtud de la esperanza en el advenimiento del Mesías prometido.

*La Encarnación no es más que la forma suprema de esa condescendencia de Dios que se autocomunica progresivamente al hombre caído. En cierto modo - como dice Danielou- el Antiguo Testamento representa ya la Encarnación antes de la Encarnación*<sup>12</sup>.

<<Desde el comienzo y hasta "la plenitud de los tiempos" (Ga 4, 4), la Misión conjunta del Verbo y del Espíritu del Padre permanece *oculta* pero activa. El Espíritu de Dios preparaba entonces el tiempo del Mesías, y ambos, sin estar todavía plenamente revelados, ya han sido prometidos a fin de ser esperados y aceptados cuando se manifiesten>>. (CEC 702).

*Los hechos de la vida de Cristo son la continuación*, de forma más perfecta y definitiva, *de las grandes obras de Dios en el Antiguo Testamento*. Antiguo y Nuevo Testamento son las *etapas sucesivas de un mismo designio de Dios* en las cuales *se manifiestan “las mismas costumbres” de Dios* -según la antigua tradición patrística que se remonta a San Ireneo-, se hacen presentes el Verbo y el Espíritu con perceptibilidad históricamente discernible (a la luz -por supuesto- del Nuevo Testamento).

*La profecía* nos muestra en los acontecimientos mesiánicos escatológicos la continuación de las grandes *obras* de Dios en el Antiguo Testamento que los prefiguran tipológicamente. *Hechos y palabras proféticas en unidad estructural, significan y contienen el misterio de la salvación* del hombre por la autocomunicación de Dios *por el Verbo en el Espíritu*. No otra es la esencia de la divina Revelación (Cfr DV, 1).

Por consiguiente, figuras y profecías se articulan y complementan entre sí. La profecía aporta a la tipología su justificación. No sólo tiene por objeto anunciar *los acontecimientos escatológicos*, sino que indica que dichos acontecimientos

---

<sup>12</sup>Cfr. J. DANIELOU, *En torno al misterio de Cristo*, Madrid 1965 c.3., 70 ss, donde estudia la más antigua tradición desde S. Ireneo. Un eco de ella se encuentra en PASCAL que sitúa a Cristo en el centro de la historia, sin que haya quiebra entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. “Jésus-Christ, que les deux Testaments regardent, l'Ancien comme son attente, le Nouveau comme son modèle, tous deux comme leur centre”. (*Pensée* 740). Muestra agudamente, con su vigoroso estilo, *como un mismo movimiento atraviesa toda la historia: de Abraham a Jesucristo, y de Jesucristo hasta el final de los tiempos*, que sólo se descubre en el clarooscuro de la fe, don del Espíritu. El Antiguo Testamento “est fait pour aveugler les uns et éclairer les autres” (*Pensée* 675). “Son nos ennemis les admirables témoins de la vérité de ces propheties, où leur misère et leur aveuglement même est prédit” (*Pensée* 737). *Es la gran fuerza del argumento profético* que -como hace notar Pascal, siguiendo a S. Agustín- (*Pensée* 693) *es exclusivo del cristianismo*.

*serán la continuación y realización plenaria de las acciones salvíficas de Dios en la historia pasada de Israel, que culminan en la Encarnación redentora, cuya eficacia salvífica anticipan.*

*La Encarnación del Verbo por obra del Espíritu (las dos manos del Padre) es para S. Ireneo la ley de la historia de la Salvación en su integridad. Esta es concebida por él como un progresivo acercamiento de Dios al hombre en el Espíritu por el Verbo, y del hombre a Dios en el Verbo por el Espíritu, en una proximidad que alcanza su perfección en el Hombre-Dios y se actúa desde el principio por anticipación del misterio pascual. En realidad, comienza con la creación ordenada a esta finalidad<sup>13</sup>.*

Si en el Antiguo Testamento Dios se acostumbra al hombre, también éste se habitúa a Dios (movimiento salvífico de retorno a Dios de la humanidad caída. *Hay a un tiempo “descenso” de Dios al hombre y “ascenso” del hombre a Dios. Este ascenso del hombre consiste en su educación por el Verbo, que le habitúa a sus costumbres, al igual que El se habitúa a las de la criatura.* (Tal es el sugerente y genial lenguaje de S. Ireneo).

#### a) *Movimiento descendente.*

En la Antigua Alianza el don del Espíritu, antes de Cristo venido, actuaba y estaba presente en quienes realizaban su obra: reyes profetas, fieles piadosos que le servían con fidelidad por las *gracias de mediación sacerdotal, profética y regal, que aseguraban la presencia del Verbo y el Espíritu en las teofanías* (como la nube luminosa), bien carismas *intermitentes*, bien más o menos *estables* -especialmente en profetas y reyes- en una doble línea -tipológica y profética-, masculina y femenina<sup>14</sup>, que anuncian el cumplimiento de la promesa a Abraham, cuya descendencia es la misma descendencia -en singular- de la Mujer del Protoevangelio (la Hija de Sión de los tiempos mesiánicos). *Eran gracias ordenadas al bien de la comunidad*, disponiendo a los tiempos mesiánicos y anticipando su virtualidad -como decíamos- *vinculadas a la presencia salvífica cuasi-sacramental del Verbo y del Espíritu* (la *Schekinah*) en el Arca de la Alianza, centro del culto y de la pervivencia misma de Israel como pueblo de Dios.

#### b) *Movimiento ascendente.*

---

<sup>13</sup> La Encarnación del Verbo en Jesús de Nazareth es -según San Ireneo-, *la expresión excelsa de una manera de ser Dios y de una manera de ser el hombre* que se encuentra en toda la historia sagrada. Por eso la referencia al Antiguo Testamento y la analogía de las costumbres divinas y la de las humanas constituyen una perfecta *demonstración* en el sentido que Ireneo y Clemente, conferían a la palabra. Cristo pudo explicar a los discípulos de Emaús todo cuanto Moisés y los profetas habían dicho de El (Luc. 24, 27), pues en realidad, toda la Escritura habla de Cristo, cuyo misterio abarca y recapitula la historia entera. El conjunto de la misma constituye ya un esbozo y una profecía de la Encarnación, y la describe en sus múltiples aspectos. De ahí la importancia que reviste establecer una relación con el Antiguo Testamento para la comprensión del evento de Jesús. Cfr. J. DANIELOU, *Ibid.*

<sup>14</sup> Se ha también que, paralelamente a la *corriente masculina, sacerdotal, profética y regal*, que anuncia proféticamente y anticipa tipológicamente al Mesías, hay *otra corriente femenina* -también tipológica (cfr. CEC 489) y *profética- referida a María y a la Iglesia*, que es esencial para entender -en una de sus dimensiones esenciales- la entera historia de la salvación.

J. F. MICHAUD, *Marie et le femme selon Saint Jean*, en <<Eglise et Theologie>> 7 (1976), 379-396, piensa, con razón, que el título Mujer aplicado por Jesús por Jesús a María en clara alusión de Gen. 3, 15 y Ap 12, 1, implica que ella simboliza la Hija de Sión, también llamada Virgen de Sión y Madre de Sión, recurrente en numerosas profecías mesiánicas. “María es vista así en el interior de una gran corriente mesiánica femenina, que prepara la comunidad mesiánica, que desemboca en María; inferior, aunque paralela, a la masculina (las figuras de Moisés, del Profeta, del Mesías, del Servidor, el Hijo del hombre etc.) que desemboca en Jesucristo. Es una corriente vinculada a los temas de la ciudad de Sión de Jerusalén”.

Tales gracias de mediación *se ordenaban a la comunión salvífica con Dios que se actuaba* solamente en aquellos que libremente abrían su corazón al don salvífico ofrecido en aquellas mediaciones de la *doble misión visible* trinitaria (visible, repito, en sentido amplio) cooperando activamente con él.

Se trata de *la acción santificante del Espíritu Santo, destinada a la transformación interior de las personas para darles un corazón nuevo*, unos sentimientos nuevos. En este caso, el destinatario de la acción del Espíritu del Señor no es la comunidad sino la persona en particular.

Esta segunda acción *por la misión invisible del Espíritu aunque presente y efectiva desde las puertas del paraíso perdido, empieza a manifestarse, de manera refleja, relativamente tarde* en el Antiguo Testamento. Los primeros testimonios los encontramos en el libro de Ezequiel, donde Dios afirma: *Os daré un corazón nuevo, pondré dentro de vosotros un Espíritu nuevo, cambiaré vuestro corazón de piedra por uno de carne. Pondré mi Espíritu dentro de vosotros y haré que viváis según mis preceptos, y haré que observéis y pongáis en práctica mis leyes* (Ez 36, 26-27). En el salmo 51, el "Miserere", encontramos otra alusión, donde se implora: *No me rechaces de tu presencia y no me prives de tu Espíritu*.

El Espíritu del Señor empieza a configurarse como *una fuerza de transformación interior que cambia al hombre y lo eleva por encima de su maldad natural, hacia alturas donde habita YHWE*, sobre la *Merkabah* de los querubines, como Elías fue arrebatado por el carro de fuego, suprema aspiración de la mística judía.

En este sentido, hemos de discernir en las grandes pruebas del pueblo elegido -muy especialmente en la purificación del exilio, otros tantos "*kairoi*" de *ascenso en el proceso de retorno a Dios* por la gracia que -como *sombra de la Cruz salvífica*- actúa antes de la venida del Mesías. (Cfr. CEC 710).

### ***B. La segunda fase es la de la existencia histórica de Jesús desde la Encarnación hasta la Pascua en su obrar salvífico al que quiso asociar a su Madre.***

La Encarnación redentora es obra del Espíritu Santo, que actúa la unión hipostática del Verbo con la humanidad de Jesús en el seno virginal de María en el instante del "fiat" de Nazaret, ungiéndola con plenitud de gracia creada para realizar la obra de la redención con la continua cooperación del Espíritu. Es El quien la guía e impulsa, de modo tal que toda la obra salvífica de Cristo -a la que asocia a su Madre- es siempre misión del Hijo y del Espíritu hasta la plena consumación de la Pascua.

Como fruto de la Cruz redentora se derrama entonces el Espíritu Santo, que manifiesta a Cristo y atrae a todos -desde Abel hasta el último de los elegidos- hacia El haciéndoles partícipes de su Filiación natural -hijos de Dios en Cristo-; de modo tal que los que crean en El, pudieran acercarse al Padre, en un mismo Espíritu, en el misterio de la Iglesia.

Cristo representa la realidad de todo cuanto le precedió y de todas las generaciones humanas que El recapitula en cuanto hombre, nueva Cabeza de la humanidad redimida.

*Así Cristo se convierte en el nuevo Adán, con el que el ser humano comienza de nuevo. "El Hijo del hombre nacido de mujer -escribe S.Ireneo- recapitula en sí mismo a aquel hombre primordial del que se hizo la primera mujer,*

para que así como nuestra estirpe descendió a la muerte a causa de un hombre vencido, ascendamos a la vida gracias a un hombre vencedor. El enemigo no hubiera sido vencido con justicia si el vencedor no hubiera sido un hombre nacido de mujer, por la que el enemigo venció", en cuya victoria *asocia a la Mujer, que es con El también "causa salutis"*<sup>15</sup> (*Adv. haereses* 5, 21, 1). Es la raíz del misterio de la Iglesia, el Cristo total "una persona mística" constituida a su vez -es "el misterio" por excelencia, el núcleo del misterio de Cristo que le fue manifestado a Pablo- *por la fecunda unión sponsal de dos personas en un sólo cuerpo* (Ef 5,27) *culminación del misterio de la alianza salvífica de Dios con los hombres.*

*Desde su Encarnación, reúne en El -como nuevo Adán en el Seno de María<sup>16</sup>, la nueva Eva- la humanidad de la que es solidario en cuanto hombre con su Divinidad. El conocido texto del C. Vaticano II, Cristo se unió en cierto modo a todo hombre<sup>17</sup> no debe entenderse en el sentido de santificación pasiva, por contagio, sino de constitución en poder ser salvados los que libremente acepten el don salvífico (el Espíritu Santo que nos entrega en el holocausto de la Cruz) -por la fe y los sacramentos-<sup>18</sup>.*

*Significa además -en un sentido escatológico-, la recapitulación final y triunfante de todo cuanto existe de perfección, de inteligencia, de amor y de belleza, en la creación, por la redención consumada de Cristo glorioso entronizado a la derecha del Padre -de ella tratamos temáticamente más adelante-, cuando entregue el Reino al fin de los tiempos, en la transfiguración del Cosmos<sup>19</sup>.*

Esta recapitulación se cumple en el doble movimiento de la alianza ascendente y descendente, simultáneo en el tiempo, pero con un "prius" lógico y de fundamentación ontológica del primero respecto al segundo.

#### a) *Movimiento descendente.*

*En el movimiento descendente de la Encarnación (synkatabasis) deben distinguirse, como veíamos, dos momentos sucesivos, en sentido no temporal sino lógico. En el primero el Espíritu Santo obra la unión hipostática (cfr. AG, 6-IV-1990, 1) de la humanidad, solidaria de la entera estirpe humana: la descendencia de la Mujer (Gen 3, 15), que formó en el seno de María con el Verbo, que asume personalmente comunicándola su propia hipóstasis. En el segundo, consecuencia de la gracia de unión -a ella connatural y como derivación necesaria-, la plenitud de gracia creada, en una plenitud siempre creciente hasta la consumación Pascual en el preciso sentido que hemos expuesto aquí, cuando desbordará como cabeza -nuevo Adán- de la nueva creación redimida -formando por obra del Espíritu, que se*

---

<sup>15</sup>S. IRENEO, *Adv. haereses*, 5,21,1.

<sup>16</sup>Después veremos ejercería su maternidad en la Iglesia. La imagen <<nueva Eva>> se aplica a una, y obra en sentidos complementarios.

<sup>17</sup>Gaudium et spes, 22. Sobre la solidaridad de los hombres con Cristo desde la encarnación, es clásico el estudio de L. MALEVEZ, *L'Eglise dans le Christ*, "Rech. sc. theol. 1936.

<sup>18</sup>G.S. 22. Cfr. J. FERRER ARELLANO, *La persona mística de la Iglesia*, cit., 825 ss., donde distingo los tres sentidos de la expresión "una persona mística", que forman Cristo y los hombres que vino a recapitular como nuevo Adán. 1. Solidaridad, desde la Encarnación, con todos los hombres -uno a uno- hasta la "hora" el sacrificio Pascual. 2. La Iglesia esposa, que nace del Costado abierto, que coopera a la salvación del mundo como sacramento universal de salvación. 3. El Cristo total escatológico de la recapitulación de todo en El, cuando Dios sea todo en todos. Se evita así la banalización del Bautismo y de la Iglesia institucional en la línea de un falso cristianismo anónimo.

<sup>19</sup>1 Cor. 15, 25-28.

*derrama desde su costado abierto-, la fraternidad de los hijos de Dios en Cristo, que es la Iglesia: su "pleroma" <sup>20</sup>.*

Pero Jesús es ontológicamente Hijo de Dios por la unión hipostática, templo del Espíritu, santificado por el Espíritu en su humanidad -con plenitud intensiva de gracia consumada, en el "fiat" de María, en el instante mismo de su concepción.

El *pleroma* de gracia y de verdad de Cristo en el instante de su Encarnación en el seno de María -de gracia consumada en visión- del que todos recibimos la salvación, no admite crecimiento propiamente intensivo, sino -así lo hemos mostrado ampliamente en el estudio citado en nota<sup>21</sup>- *extensivo* a las dimensiones inferiores de su Humanidad, sometidas a la ley del progreso histórico y en el nivel de conciencia explícita y comunicable de su divinidad -y *comunicativo* respecto a los miembros que iba a conquistar, atrayéndolos a Sí, desde la Cruz salvadora, cuando *entrega el Espíritu*, con la entrega de su vida -impulsado por el Espíritu eterno (Heb 9, 14) que inhabita planamente su alma santísima- en rescate de los hombres, que "todo lo atrae hacia sí" (Jn 12,32).

### b) *Movimiento ascendente.*

Después de la Encarnación se produjeron venidas sucesivas del Espíritu, que iba infundiendo una caridad y obediencia infinitas (relativamente a cada estadio histórico de su existencia histórica como "viador") en el alma humana de Cristo -en

---

<sup>20</sup> H. MÜLHEN separa -en todo este proceso que acabamos de describir- la doble misión trinitaria, a mi juicio, más de lo debido. Ve en la Encarnación, como tal, sólo la misión del Verbo que se une hipostáticamente a la Humanidad sin intervención del Espíritu; y la misión santificadora del Paráclito sólo en aquel momento sucesivo de santificación o unción de la Humanidad, ya unida, con la plenitud de la gracia creada en la santificación del fruto, concebido en el seno de María. Según Mülhen es esta Unción por el Espíritu, la que después de Pascua continuará en la Iglesia-en virtud de su participación en la mediación redentora del Ungido por el Espíritu- cuya existencia sobrenatural está *ligada al Espíritu de Jesús, pero no al Verbo encarnado como tal.*

Como consecuencia *afirma Mülhen que la Iglesia no debe ser entendida como la encarnación continuada*, según fórmula lanzada por Mòhler y tomada posteriormente por la escuela romana. Conduciría una tal concepción, según él, a un *misticismo "pancristista"* en el sentido denunciado por la "Mystici Corporis" de Pío XII. La que continúa en la Iglesia es la presencia y acción del Espíritu personal que ha ungido a Jesús como Mesías con la plenitud de gracia creada (consecratoria y santificante, según nos dice) que sigue a la Unión hipostática, tal y como se manifestó especialmente en el Bautismo del Jordán (aunque lo fue desde la Encarnación).

<<Una sola persona, la del Espíritu, en muchas personas, Cristo y nosotros, sus fieles>>. Tal sería la fórmula dogmática apta para <<definir>> el misterio de la Iglesia.

MÜLHEN nos advierte *suficientemente la inseparabilidad de ambas misiones del Verbo y del Espíritu* en la historia de la salvación como "*incarnatio in fieri*", tal y como aquí exponemos. Inseparabilidad que es común a las dos direcciones, descendente -oferta de salvación por gracias de mediación-(Mülhen las llama de consagración, cfr. *Una mystica persona*, n.9, 71)- y de retorno, por la inhabitación santificadora que requiere -por la libre aceptación del don del Esposo, y la consiguiente cooperación con El -el don de la Esposa-, para que se forme la Iglesia. Ella no es sino el pleroma del Verbo encarnado de cuya plenitud desbordante de mediación y gracia capital participa por obra del Espíritu, que nos conquistó en la Cruz, adquiriendo para sí la Iglesia, como Esposa que coopera con su Esposo y Cabeza para que se realice la obra de la salvación propia y ajena.

<sup>21</sup>Cfr. J. FERRER ARELLANO, *Sobre la inteligencia humana de Cristo. Examen de las nuevas tendencias*, en Actas del XVIII Symp. de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona 1998, 465-517. Muestra ahí como la perspectiva alejandrina (de arriba abajo) si bien complementaria a los de inspiración antioqueña (de abajo arriba), -más atenta a la plena historicidad de la condición kenética de siervo del "*perfectus homo*"- debe primar sobre esta última, pues no es "*purus homo*". De lo contrario encontraremos notables desviaciones como puede comprobarse en numerosas cristologías de abajo arriba no calcedonianas que ahí se examinan, junto con otras propuestas muy valiosas (Von Balthasar, J. Maritain, González Gil) que toman en consideración el pleno reconocimiento de la condición histórica de la existencia pre-pascual de Cristo, superando las deficiencias de la Teología clásica -poco sensibles a la condición histórica del hombre y a la profundización de la noción de conciencia-, pero sin abandonar la gran Tradición en continuidad de homogéneo desarrollo, en la línea ya emprendida antes en la Cristología francesa de entreguerras.

el estado kenótico propio del siervo-, e impulsando su obra salvífica, hasta su consumación pascual. Especialmente en el *Bautismo del Jordán* y en la *hora de Jesús*.

Debemos respetar los momentos privilegiados<sup>22</sup> o etapas sucesivas de la historia de la salvación y dar todo su realismo a los textos del Nuevo Testamento, que manifiestan con claridad que se dan primero en el bautismo y después en la resurrección-exaltación, dos momentos de actuación nueva de la *virtus* (de la eficiencia) del Espíritu de Jesús, en cuanto *es constituido (no sólo declarado) por Dios* -respectivamente- *Mesías-Salvador* y, *posteriormente, Señor*. Antes de la Pascua el Espíritu es dado a Jesús; después de la muerte y resurrección es Jesús quien da el Espíritu, inaugurando el tiempo escatológico que caracteriza el peregrinar de la Iglesia en la historia.

La “*Hora*” de Jesús, es el momento supremo establecido por el Padre para la salvación del mundo; la Hora de la glorificación del Hijo del hombre, cuando atrae todo hacia sí en el trono triunfal de la Cruz (cfr Jn 12). Jesús muriendo a impulsos del Espíritu eterno (Heb 9, 14), que poseía como hombre en plenitud de gracia y de verdad “transmitió el Espíritu” (Jn 19, 30), expresión que históricamente significa devolver al Padre, mediante la muerte, aquel soplo vital que de El había recibido, pero que teológicamente indica también el don del Espíritu a los creyentes. Aquel Espíritu que El mismo ha recibido del Padre, se derrama ahora como fruto de la Cruz, en el mismo momento en que, después de la resurrección, dirigiéndose a los Once, alentó sobre ellos y les dijo: “recibid el Espíritu Santo” (Jn 20, 22).

La resurrección-glorificación es el momento decisivo para que Jesús adquiriera de una manera nueva la cualidad de Hijo en virtud de la acción de “Dios” por medio del Espíritu. Nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu santificador, a partir de su resurrección de entre los muertos, Jesucristo Señor nuestro (Rom 1, 3-4)<sup>23</sup>.

Le ha *conferido no sólo la gloria, sino el poder de hacer hijos, derramando el Espíritu*<sup>24</sup>.

La efusión del Espíritu en Pentecostés -fruto del ofrecimiento redentor de Cristo y la manifestación del poder adquirido por el Hijo ya sentado a la derecha del Padre- formó la Iglesia<sup>25</sup>.

### **C. La tercera fase es la fase histórica de la Iglesia, sacramento de la misión del Verbo, y del Espíritu Santo.**

---

<sup>22</sup> Pueden destacarse otros especialmente significativos, como hace Juan Pablo II en sus espléndidas catequesis de 1990. Entre ellas la experiencia del desierto (AG 26-VII-96) el discurso en la sinagoga de Cafarnaum, reportado por Lucas, y la oración de Jesús, especialmente en la exaltación en el Espíritu de Lc 10, 21 (AG 25-VII-90).

<sup>23</sup> “Nosotros os anunciamos que la promesa hecha a los padres, Dios la ha cumplido en favor de los hijos, que somos nosotros, suscitando a Jesús, como ya estaba escrito en el salmo segundo: *Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy*” (Act 13, 32-33). Cfr. Y. CONGAR, *El Espíritu Santo*, cit. 75 ss.

<sup>24</sup> “No estaba todavía el Espíritu, porque no había sido todavía glorificado” (Jn 17, 39b), debe entenderse en el sentido de que no había realizado su plena donación. Pero significa también que toda donación anterior del Espíritu era por anticipación de la Cruz salvadora, en virtud de la espera confiada del cumplimiento de las promesas mesiánicas en la consumación del misterio de Cristo. (Cfr Heb 5, 7-9), de la “hora de Jesús” que inaugura la su consumación pascual. Sólo entonces “*factus est causa salutis aeternae*” (Heb 5, 9).

<sup>25</sup> Cfr. JUAN PABLO II, AG, 28-III-1990, 4. Sus espléndidas catequesis sobre la misión del Espíritu y su intervención activa en el Sacrificio de Cristo y en la Resurrección y acontecimientos pascales son de 1-VIII-90 y 22-VII-90.

*La misión de la Iglesia no se añade a aquella doble misión conjunta del Verbo y del Espíritu, sino que es su sacramento. "Asocia a los fieles de Cristo en su comunión con el Padre en el Espíritu Santo" haciéndoles partícipes de su misión redentora por gracias de mediación jerárquicas y carismáticas que derivan de la plenitud desbordante del que es único Mediador, sacerdote, profeta y rey, cabeza de la Iglesia, lleno de gracia y de verdad. "La Iglesia ha sido enviada para anunciar y dar testimonio, actualizar y extender el misterio de la Santísima Trinidad (Cfr. CEC 736-737).*

Concluida su *misión* salvífica el Hijo, *envía* de parte del Padre el Espíritu que congrega y vivifica la Iglesia, que es la fraternidad de los hijos de Dios en Cristo". (AG, 2). "*De unitate Patris, Filii et Spiritus plenus adunata*"<sup>26</sup>

*También en la Iglesia se da una coimplicación histórico-salvífica del Hijo y del Espíritu, en la virtud de la doble misión de ambos, siempre conjunta e inseparable (según la feliz metáfora de S. Ireneo, como "manos" del Padre), tanto en el nacimiento de la Iglesia, como en todo el decurso de su progresivo desarrollo hasta su plenitud escatológica (como -por lo demás- hemos podido probar a lo largo de la historia entera de la salvación, desde las puertas del paraíso perdido).*

*La originación histórica de la Iglesia es el resultado de los actos de Cristo, sea en su fase histórica sea en su fase exaltada*<sup>27</sup>. En esta última, es patente la acción "*co-instituyente*" del Espíritu Santo (Y. Congar). Jesús buscaba la conversión del Israel histórico y concreto que tenía ante sus ojos -que comporta la real posibilidad histórica de que los israelitas, hubieran acogido desde su libertad al Dios que les llamaba en Cristo- de modo tal que reconocieran a Jesús como el Cristo de Dios. Esta posibilidad dramática de la libertad -que Dios no sólo respeta, sino que funda ontológicamente, corriendo "el riesgo" de que se entorpezca el plan salvífico primordial de su voluntad antecedente, que quiere que todos los hombres se salven y vengán al conocimiento de la verdad, implica, según se dé la acogida o el rechazo, rumbos diversos <<fundacionales>> para la Iglesia.

Así se comprende con facilidad que la <<forma>> de Iglesia que fundará Jesús no puede ser plenamente captado antes de que consume su vida en el misterio pascual y los Apóstoles comprendan a la luz del Espíritu que con tanta plenitud *se derrama sobre ellos* (fundamentos de la Iglesia postpascual), lo implicado en el rechazo de Jesús por parte de Israel. De ahí la acción constituyente de la misión del Espíritu Santo en la originación de la Iglesia.

*La fundación de la Iglesia presupone, por ello, el conjunto de la acción salvífica de Jesús impulsada y animada por el Espíritu eterno (Heb 9, 14), hasta su muerte y en su resurrección, pero incluye también la acción constituyente de la*

---

<sup>26</sup> S. Cipriano, cit. en LG. C II, *in fine*. Sobre el Espíritu Santo y la unidad de la Iglesia, vide la excelente exposición de J. K. VILLAR en su ponencia -del mismo título- recogida en las Actas del Simposio sobre el Espíritu Santo y la Iglesia, de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra de 1998.

<sup>27</sup> Hoy se buscan en eclesiología no sólo los actos <<fundacionales>>, sino los actos <<fundantes>> del nuevo Pueblo de Dios, y no tanto los actos individualizados como la secuencia vital y unitaria de los *acta et passa Christi in carne*, que culmina en su muerte redentora y en su resurrección. Por eso puede decirse con todo rigor que <<la Iglesia, cuerpo de Cristo, tiene su origen en el Cuerpo entregado en la Cruz -a impulsos de la unción del Espíritu- en la "sangre preciosa" (1 Pet 1, 19) de Cristo, que es el precio con que hemos sido comprados>>. En esta perspectiva, la Última Cena y el mandato de recordar van a cobrar una significación fundacional y fundante de primer orden. Pero sin olvidar que <<toda la acción y todo el destino de Jesús constituyen en una cierta manera la raíz y el fundamento de la Iglesia">. Cfr. para todo este apartado P. RODRÍGUEZ, *El Pueblo de Dios. Bases para su consideración cristológica y pneumatológica*, en "Eclesiología 30 años después de "Lumen Gentium". Madrid 1994, 175 ss.

*misión del Espíritu*<sup>28</sup> que el Padre envía en nombre de Cristo mediador, inspirando decisiones de rango fundacional que configurarían su constitución definitiva.

Veamos el doble movimiento en las misiones trinitarias en la vida de la Iglesia, hasta su consumación escatológica.

#### a) *Movimiento descendente*

Las gracias de mediación -los dones jerárquicos y carismáticos- por las que recibe de continuo el Pueblo de Dios, en su fase histórica, una estructura orgánica institucional como sacramento de salvación -pertenecen a la figura de este mundo que pasa. Son meros medios instrumentales a manera de andamios (San Agustín) -obviamente provisionales-, que se usan sólo mientras dura la construcción, al servicio de la edificación de la Iglesia -germen e instrumento del Reino de Dios-, según el "*ordo Charitatis*". Están, pues, *al servicio de la comunión salvífica con Dios, que la caridad opera* por el libre "*fiat*" del hombre a la voluntad salvífica de Dios. Es decir, *de las gracias de santificación, que se actúan por la libre cooperación del hombre con el don del Esposo* -ofrecido a través de aquella mediación institucional de la Iglesia (sacramento de la doble misión descendente del Verbo y del Espíritu)-, que reclama y posibilita el libre don de la esposa, con el que contribuye así a la dilatación del Reino de Dios, cada uno según su vocación particular.

#### b) *Movimiento ascendente*

De ahí la importancia decisiva de la libre cooperación de los miembros de Cristo que es la Iglesia, para *-avanzando de claridad en claridad- crecer en caridad, en una progresiva identificación con Cristo, "transformados en su misma imagen, conforme obra en nosotros el Espíritu del Señor"* (2 Cor 3, 18), que contribuye a la dilatación del Reino de Dios, y a la santificación de los demás (en una proyección universal que trasciende el tiempo y el espacio)<sup>29</sup>. Es el ideal paulino de madurez cristiana propia del estado de varón perfecto en un camino de ascensión espiritual en el que siempre cabe progreso (cfr. Fil 3, 13), mediante la docilidad a las operaciones e inspiraciones del Espíritu, que plasma en nuestros corazones la caridad. Es ella la que nos hace cristiformes, haciéndonos partícipes más y más de la plenitud desbordante de Cristo por la fe viva: hijos en el Hijo, *hasta alcanzar la unidad plena y consumada* de la comunión con Dios en Cristo que será propia de la Iglesia al fin de la historia, cuando será Dios todo en todos en el Reino consumado escatológico. Será una unidad con Dios en Cristo que, conservando la insuprimible distinción entre criatura y Creador, y aquella entre la diversas criaturas -lejos de todo monismo panteísta- tiene como paradigma -en el caso de la persona humana- la unidad misma de la Trinidad divina.

---

<sup>28</sup>La Comisión Teológica Internacional, recogiendo el consenso de la teología que sigue a *Lumen Gentium*, incluye dentro del <<proceso de fundación de la Iglesia>> después de la Ascensión del Señor, tres etapas finales:

El envío del Espíritu Santo, que hace de la Iglesia una criatura de Dios (la <<pentecostés>> en la concepción de San Lucas).

La misión hacia los paganos y la Iglesia de los paganos.

La ruptura radical entre el verdadero Israel y el judaísmo.

<sup>29</sup>Cfr. sobre este tema J. FERRER ARELLANO, *La persona mística de la Iglesia*, cit 844.

*La doble misión del Verbo y del Espíritu realiza al final de los tiempos - completado ya el número de los elegidos- la plena recapitulación de todo en Cristo, en la que se cumple la plenitud de la filiación divina en Cristo -ya sin movimientos (salvíficos, se entiende)- en el Reino consumado de la Jerusalén celestial.*

Justamente ha señalado H. de Lubac, que el alma separada, ya glorificada en el gozo de la visión beatífica, *sólo llegará a la perfecta posesión de Dios cuando supere una doble separación: la separación de su propio cuerpo por la propia resurrección corporal, y la separación de la plenitud del Cuerpo místico de Cristo, plenamente vivificado por el Espíritu, que lleva a plenitud las primicias de la vida eterna propia de la inhabitación de la Trinidad en la oscuridad de la fe, superación que sólo se dará cuando se complete el número de los hermanos.* Ambos aspectos son coincidentes, ya que nuestra resurrección no será un fenómeno aislado, sino que tendrá lugar en la parusía, cuando el número completo de los hermanos será corporalmente glorificado, en un universo glorificado y "*Dios sea todo en todos*"<sup>30</sup>.

*Los bienaventurados esperan, pues, la consumación del reino de Dios en la recapitulación de todas las cosas del cielo y de la tierra en Cristo según la conocida doctrina paulina*<sup>31</sup>. Según S. Agustín, *se daría entonces también un aumento intensivo de la visión beatífica*<sup>32</sup> por una nueva comunicación del Espíritu que llevaría así a su plenitud la filiación divina en Cristo, que redundaría en la redención del cuerpo (a), en un universo transfigurado (nuevos cielos y nueva tierra) en una última intervención del Espíritu enviado por el Padre -una vez consumada la obra de la redención con la cooperación corredentora de la Iglesia peregrina- en la *recapitulación de todo en Cristo* (b), cuando se cumpla al fin el número de los elegidos. Veámoslo.

a) *La divinización redundará en todo el hombre como un anticipo de resurrección gloriosa*", -escribe JOSEMARÍA ESCRIVÁ (*Es Cristo que pasa*, Madrid 1973, n. 103)- que se da ya incohativamente, como primicia de todo cristiano en gracia.

*La deificación de la carne en el estadio escatológico es, pues, una espiritualización del cuerpo que tiene ya ahora una realización incoativa -"las primicias del Espíritu" que nos hace gemir en nuestro interior, anhelando el rescate de nuestro cuerpo (cfr. Rm 8, 20 ss), para alcanzar así la plenitud de la filiación divina en Jesucristo*<sup>33</sup> con una nueva intensidad, que San Pablo llama la *redención del cuerpo: su transformación a semejanza del cuerpo glorioso de Cristo en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas* (Fil 3, 21) por la fuerza del Espíritu: <<se siembra un cuerpo animal y resucita un cuerpo espiritual>>, propias del cuerpo humano <<totalmente sujeto al alma>> (1 Cor 15, 27 y 42). Una plenitud de redundancia de este tipo no parece otra cosa que la total santificación o

---

<sup>30</sup> I Cor 15,28. Santo Tomás no es ajeno a esta perspectiva. Pese a su acentuación de la escatología individual, escribe en C. Gentes (IV, c.50) que "*el fin de la criatura racional es llegar a la bienaventuranza, la cual no puede consistir sino en el reino de Dios, que no es a su vez otra cosa que la sociedad ordenada de los que gozan de la visión divina*", en un universo transfigurado que sigue, por redundancia, a la resurrección gloriosa de toda carne (en los elegidos). Cf. S. Th. III,8,3,2.: "*Esse Ecclesiam gloriosam, non habentem maculam neque rugam, est ultimus finis ad quem perducimur per passionem Christi*". Cf. H. DE LUBAC, *Los aspectos sociales del dogma Catolicismo*, Madrid 1988 (Encuentro) CIV, 81 ss

<sup>31</sup> Cf. H. De LUBAC, o.c. p. 101.

<sup>32</sup> Cfr. C. POZO, *Teología del más allá*, cit.

<sup>33</sup> Sobre la espiritualización y deificación del cuerpo en el estado escatológico, cfr. JUAN PABLO II, Discurso del 9-XII-1981, en "*Insegnamenti di Juan Pablo II*" IV-2 (1981), 880-883. Cfr. también F. OCARIZ, *La Resurrección de Jesucristo, en Cristo, Hijo de Dios y Redentor del hombre* (Actas del III Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra), Pamplona 1982., 756-761.

*deificación de la carne en su misma materialidad*, todavía más difícil de entender para nosotros que la deificación del espíritu, pero no imposible. La deificación de la carne es, en efecto, el estado escatológico definitivo de la materia humana, que ya se ha realizado en Cristo y en su Madre en la Gloria.

Esta espiritualización del cuerpo no se refiere, pues, sólo a la inmortalidad y a las otras propiedades que la acompañan (tradicionalmente llamadas *dotes de los cuerpos gloriosos*). *El cuerpo glorioso es llamado espiritual sobre todo porque está viviendo por el Espíritu Santo* (como escribe San Pablo en Rom 8, 11). No se trata de una mera espiritualización sino, de una *deificación de la materia*. Pero, si la *deificación* es la participación de la persona entera -el cuerpo también por redundancia connatural del alma- en la vida íntima de la Santísima Trinidad -en las eternas procesiones del Verbo y del Espíritu Santo, debe concluirse que el cuerpo, substancialmente unido al alma deificada, participa en sí mismo en esa vida de Conocimiento y Amor intratrinitarios. *Hay, pues, una participación del cuerpo humano también en su materialidad -conformado al cuerpo glorioso de Cristo- en las procesiones eternas de Conocimiento y de Amor intratrinitarios.*

b) *Esta glorificación escatológica de la materia alcanzará también según la Revelación a toda la creación visible*, que «espera ansiosa la manifestación de los hijos de Dios (...), con la esperanza de que también será liberada de la corrupción para participar de la libertad y gloria de los hijos de Dios, en unos cielos nuevos y una tierra nueva» (Ap 21, 1). Se cumplirá así el designio divino de «*recapitular todas las cosas en Cristo*» (Ef 1, 10).

La Iglesia en su estado escatológico será “la plenitud (*Pléroma*) de aquél (Cristo) que se realiza plenamente en todas las cosas. (Ef 1, 23), porque Cristo glorioso llenará (*híma plerósei*) todas las cosas” (cfr Ef 4, 10), y estas participarán “en Él de su plenitud” (*en autó pepleroménoi*) (Col 2, 10). En los santos la realidad de la gloria escatológica será el cumplimiento final, en el espíritu y en la carne, del ser *en Cristo* específico de la vida sobrenatural en la plena comunión de la fraternidad *de los hijos de Dios en Cristo por el Espíritu* cuando, completado el número de los elegidos, Dios sea todo en todos en un universo transfigurado<sup>34</sup>.

Puede, pues concluirse con el Card. Ratzinger <sup>35</sup> que “*la salvación del individuo es total y plena sólo cuando se haya alcanzado la salvación del universo y de todos los elegidos, que en el cielo no se encuentran sencillamente al lado los unos de los otros, sino que los unos con los otros en -intima comunión -fusión sin confusión- del Cristo único. La plenitud del cuerpo del Señor hasta llegar entonces al pleroma de "todo el Cristo" en el don del Espíritu Santificador, haciéndole alcanzar su real totalidad cósmica. Entonces toda la creación será "cántico", gesto generoso de la liberación del ser adentrándose en el todo, y al mismo tiempo, penetración del todo individual, alegría, en la que toda pregunta se resuelve y alcance la plenitud". Sólo entonces alcanzará su plenitud la filiación divina en Cristo que ahora poseemos como primicia del Espíritu en la esperanza de la redención de nuestro cuerpo en el universo renovado* (Cfr. Rom 8, 18-24) *de la recapitulación de todo en Cristo* (Ef 1, 10).

---

<sup>34</sup>Cfr. F. OCARIZ, *La mediación materna*, , cit. in fine.

<sup>35</sup>Cfr. J. RATZINGER, *Escatología*, p. 282.

### III. MARÍA MADRE DEL CRISTO TOTAL POR OBRA DEL ESPÍRITU. (EL MISTERIO DE SU MEDIACIÓN MATERNA).

Lamentablemente una comisión<sup>36</sup> ha entorpecido con su reciente voto negativo el deseo de gran parte del pueblo de Dios y sospecho que de Juan Pablo II -evidente para los que conocen bien su pensamiento y su magisterio mariológico, especialmente en la "Redemptoris Mater" que ha abierto el camino para fundamentarla con rigor- de secundar la reciente y amplia petición del orbe católico de la definición dogmática de la mediación de María.

Muchos teólogos de tendencia eclesiotópica<sup>37</sup>, limitan la mediación de María a su función de intercesora en la redención subjetiva como anticipo ejemplar de todos los redimidos, pero no en la efectiva donación de la gracia que habría contribuido a adquirir a título de corredentora como nueva Eva asociada a Cristo, nuevo Adán, en la restauración de la vida sobrenatural, desde Nazareth hasta el Calvario, y al magisterio de los últimos pontífices, oponiéndose a una constante tradición que se remontaría a S. Ireneo (María "*Causa salutis*". Adv. *haereses*, 5, 21, 1).

¿Cómo es posible una mediación humana -la de María- en la donación de la vida sobrenatural, no sólo por intercesión, sino también por efectiva donación o distribución de la gracia, si ésta "empieza" siempre con la misión del Espíritu Santo?. Tal mediación, según aquellos teólogos, oscurecería -suplantaría- la función del Espíritu de Cristo.

No es cierto que -como se esfuerza vanamente en mostrar MÜHLEN<sup>38</sup>-, la decisión del Concilio Vaticano II de exponer el misterio de María no en un

---

<sup>36</sup> En el *Observatore Romano*, n. 25, 24-VI-1997, con ocasión del congreso mariano de Czestochowa de 24-VIII-1996. Se dice en él que los tres títulos propuestos -corredentora, mediadora y abogada- resultan *ambiguos*. Se citan como argumentos de autoridad al Magisterio pontificio que desde Pío XII habría evitado el uso de tales títulos, especialmente el de corredentora, y el rechazo a comienzos de siglo de tres comisiones teológicas, aparcando la petición del Card. Mercier de que fuera proclamado el dogma de la Mediación de María. "Aunque se atribuye a esos títulos un contenido a causa del cual se pudiera aceptar su pertenencia al depósito de la fe, su definición, en la situación actual, no se manifiesta como teológicamente evidente" (nada más cierto: deberían caer antes muchos prejuicios sin fundamento en no pocos teólogos). "Los títulos y las doctrinas a ellos vinculadas, piden todavía una profundización en una perspectiva trinitaria, eclesiológica y antropológicarenovada. Añade, además, razones de inoportunidad ecuménica".

<sup>37</sup>La Academia Pontificia mariana internacional, que refleja la ideas de esta tendencia, como Mühlen y Congar, entre otros conocidos teólogos que les preceden, comenta el dictamen (Ibid), admitiendo que los tres títulos en cuestión están presentes en los documentos del Magisterio y en la piedad de la Iglesia, pero añadiendo "que será preciso reflexionar el porqué de su escasa utilización por el Magisterio desde hace 50 años".

Sea lo que fuere de esa última afirmación -que estimo exagerada-, es evidente que es una falsedad en lo que a Juan Pablo II se refiere, para quien la mediación materna de María (véase "Redemptoris Mater", especialmente III parte), es la clave de su enseñanza mariológica.

El que no está maduro el ambiente teológico para otorgar el dogma. Es evidente: ahí está la raíz de la inoportunidad; en modo alguno le falta el sólido fundamento teológico -que está más que insinuado por la Redemptoris Mater- ni supuestas razones ecuménicas, que son más de preámbulos de fe, que de teología en sentido estricto. Llegará cuando llegue la hora de Dios

<sup>38</sup>H. MÜHLEN, *Una mytica persona*, cit., 11, 32. Según él se manifestaría también en el cap. VIII de la *Lumen Gentium* por su referencia de textos marianos escriturísticos que califica de "restrictivos", los mismos, paradójicamente, que I. de la POTTERIE interpreta (cfr. *María en el misterio de la alianza*) como especialmente expresivos, en una exégesis más profunda y comprensiva de la tesis contraria.

MÜHLEN piensa que las discusiones acerca de la mediación de María antes del Concilio contribuyeron a oscurecer la función mediadora del Espíritu de Cristo, justificando así, al menos en parte, la objeción tradicional de los protestantes a la Teología católica, de sustituir su función mediadora por la de María. Acepta este A. -como en general los teólogos de la tendencia

documento "a se" reinsertándolo en la Constitución sobre la Iglesia, tenga una intención reductora de tales presuntos privilegios, ni que haya una progresión restrictiva a lo largo del *iter* relacional del texto del alcance del título "mediadora", que habría quedado al final con un significado puramente devocional. Sea lo que fuere de aquel proceso conciliar, está más que claro lo que en el texto aprobado como tal -"*verba prout iacent*"-, mas, en la interpretación auténtica, y posteriores desarrollos de Juan Pablo II, especialmente en la *Redemptoris Mater*, encontramos la tesis que aquí se expone.

Se comprende que -dado el nominalismo de fondo que subyace en ella, la teología protestante encuentre dificultades en admitir las nociones de participación - y de la *analogía entis*, en ella fundada (el único obstáculo serio según Barth, para que un reformado se haga católico<sup>39</sup>)-, que es la clave para su comprensión. Pero no es éste el caso de estos teólogos que deberían advertir que de la Mediación Materna de María, que tiene un sólido apoyo en la Escritura y la Tradición, no implica un añadido supérfluo de sustitución de lo que correspondería al Espíritu Santo -como acusa la teología protestante-, sino una participación de la Mediación de Cristo, *Unus Mediator*, que brota del su *pleroma* desbordante que *nada le añade muestra* -por voluntad de Dios que ha querido asociar a su Madre- *su necesidad*, y facilita su ejercicio.

María forma con el "*Unus Mediator*" (que significa "el Mediador por excelencia" de quien toda otra mediación es una derivación que nada añade a su plenitud, como nada añade al ser en plenitud los entes finitos que del El participan), un *único instrumento "unidual" en la donación del Espíritu*, que brota del Costado abierto de Cristo y de la espada de dolor de la Mujer. *El Espíritu de Cristo, fruto de la Cruz, modela en la caridad, conforme al modelo de Jesucristo*, y nos identifica con El como hijos en el Primogénito entre muchos hermanos e "Hijo Primogénito de la Mujer", *en el molde materno -el corazón de la Mujer- en que se formó nuestra Cabeza*, primogénito entre muchos hermanos:

*María es la Mujer del Génesis y del Apocalipsis, asociada como nueva Eva, al triunfo del nuevo Adán sobre la antigua Serpiente, junto a la cruz salvadora*, en "la hora" de Jesús (Jn 12,23) -que coincide con la hora de la Mujer (Jn 2,4 y 12,21)- cuando "todo lo atrae hacia sí" (Jn 12,32). Es ahí donde *el nuevo Adán adquiere a la Iglesia como esposa, que nace -radiante de belleza- "quasi in occulto", de su costado abierto y de la espada de dolor de la Mujer. Ella -María- la hace partícipe -como Madre suya que es- de su misteriosa fecundidad virginal*, que la Iglesia ejerce aportando el don de la esposa que postula la "alianza" nupcial.

Tal es el horizonte de la revelación bíblica desde el alfa del Génesis hasta el omega del Apocalipsis; pues -como dice Clemente de Alejandría en la feliz y expresiva fórmula de gran densidad metafísica, (que cita el nuevo Catecismo de la Iglesia Católica de 1992 (n.760)): "así como la voluntad de Dios es un acto y se llama mundo, así su intención es la salvación de los hombres y se llama Iglesia" (Pedagogo 1,6). No es otra *la razón formal por la que la Iglesia ha sido instituida: la necesidad de la libre cooperación del hombre en la obra de la salvación -que tiene como modelo la relación personal de María con el Espíritu Santo, modelo de la*

---

unilateralmente escatológica- la función de María de modelo de la Iglesia y de universal intercesión, pero -como también Y. CONGAR (*El Espíritu Santo*, 192 ss), entre otros-, excluyen toda mediación en la donación efectiva de la gracia, que ha contribuido a adquirir a título de Mediadora en la restauración de la vida sobrenatural (tanto en la Redención adquisitiva como aplicativa) de manera "*prorsus singularis*" (LG c. VIII) asociada como nueva Eva al nuevo Adán hasta la cruz.

<sup>39</sup> Pueden verse los textos de K. Barth citados y comentados en mi estudio cit. *La Persona mística de la Iglesia*.

*alianza nupcial de Dios con la humanidad-*, decidida por Dios como confirmando el doble carácter, subsistente y comunitario, de la criatura radicalmente libre -la única querida por sí misma- en la que se refleja -ontológica y dinámicamente, como gratuito don salvífico y tarea de libre cooperación a él- la imagen de su Creador en el misterio de su más íntima Comunión trinitaria.

*No se tiene suficientemente en cuenta que -como observa justamente F. Ocariz-, esta unión de María con Cristo en el ser y en el obrar, es la raíz más profunda del íntimo vínculo de la Virgen Santísima con la Iglesia -de ejemplaridad y de influjo salvífico- y de su mediación materna con la maternidad de la Iglesia. Con este enfoque carece de sentido la contraposición entre la llamada perspectiva "cristocéntrica" y "eclesiotípica" en la consideración teológica de la cooperación de María a la salvación de los hombres, que tan agudamente se enfrentaron a raíz del famoso Congreso mariológico del Lourdes de 1958. De hecho, ha sido superada por la orientación mariológica del capítulo VIII de la Constitución dogmática *Lumen Gentium*, si la leemos sin prejuicios y, sobre todo, a la luz del más reciente magisterio- tal y como ha sido desarrollada auténticamente por Juan Pablo II en la Encíclica "*Redemptoris Mater*", cuya aportación más relevante es precisamente el concepto de la mediación materna, a cuyo esclarecimiento dedica toda la III parte.*

C. Pozo subraya que, *en el magisterio de Juan Pablo II, es la nota maternal, la que distingue la mediación de María de la otras formas de mediación en la Iglesia; pero no la "universalidad", que sería común a todas ellas, teniendo en cuenta que todas participan de la universalidad de la mediación única de Cristo. Así lo insinúa el tema de la Liturgia Celeste, que es central en el Apocalipsis (5,6). El movimiento teológico suscitado por el Card. Mercier a favor del dogma de la mediación se cerró, sin haber logrado una maduración doctrinal capaz de la clarificación que se requería para otorgar el dogma precisamente por fundarla en la nota universal, que no es exclusiva de la "llena de gracia". La doctrina de la RM abre en este sentido amplias perspectivas.*<sup>40</sup>

F. Ocariz profundiza en esta misma dirección. Afirma justamente, que es la noción de participación-"koinonia" (de orden trascendental) la que permite afirmar la peculiar participación de María en la capitalidad de Cristo Mediador, lleno de gracia y de verdad, y por lo tanto en su mediación en la efectiva donación de la gracia "sin que ello suponga una duplicidad de fuentes o cabezas". <<*La mediación de María, por materna, -escribe- funda una peculiar intimidad de unión con Cristo Cabeza -"Unus Mediator"-, que es la raíz de la distinción con las otras mediaciones*>>, a las que trasciende "sine mensura".

*Esa peculiar participación de María en la capitalidad de Cristo brota de su divina maternidad. Por ella, su unión con Cristo -"cor unum et anima una" (Act.24,32), en el ser y en el obrar salvífico es "socio et adiutrix Christi" en la restauración de la vida sobrenatural perdida, como nueva Eva que asocia al nuevo Adán en la redención adquisitiva -Mediadora en el Mediador-, llegó en la Asunción a una consumación gloriosa de la máxima intimidad e intensidad compatible con la distinción personal.*

En efecto: María es llamada por el Angel "*transformada por la gracia*" (*Kecharitoméne*, Lc 1, 28) *como preparación a la divina maternidad virginal*. Existen seguros motivos exegéticos, incluso cristológicos y eclesiológicos, para interpretarla como plenitud de gracia, uno de cuyos efectos es la plena "*refluentia o*

---

<sup>40</sup> Cf. C. POZO, *La mediación materna* en *Seminarium* 4, 1987, p.560-575

*redundantia*" -según Sto. Tomás<sup>41</sup>- de la gracia de su alma en su carne. Por su excelsa santidad y por la radical transformación realizada por la presencia del Espíritu, *ya en su vida tuvo un cuerpo espiritualizado, es decir, "transformado" por el Espíritu, estaba talmente compenetrada con Aquél que es Señor y da la vida*, que poseía ya en sí la fuente de la vida inmortal. La Virgen poseía ya aquella vida "en el Espíritu" ya cuando vivía en esta tierra, *pero de forma escondida*. Y, cuando se cerró el curso de su vida terrena, la inmortalidad resplandeció en ella como sucedió con Cristo después de su muerte<sup>42</sup>. *La Asunción de María al cielo, por tanto, no fue otra cosa que el efecto pleno de su espiritualización, que es el fundamento de aquella íntima comunión gloriosa con Cristo glorificado en el ser y en el obrar*.

*Esta plenitud de "comunión - participación" escatológica en la capitalidad de Cristo, exclusiva de la "llena de gracia", es la raíz de la distinción entre la mediación materna y la mediación de los Santos en la gloria, y la de los justos en la Iglesia terrestre (no la universalidad, que como veíamos, es común a todas las formas de mediación participada). En su virtud María forma con Cristo un sólo instrumento "dual" de la donación del Espíritu Santo a la Iglesia. Ocáriz juzga, con razón, demasiadas débiles y metafóricas expresiones, tales como "cuello" o "acueducto" para referirse a la distribución de gracias de María mediadora.*

Recuérdese, además, que aunque la santificación es acción divina "ad extra", y por ello común a las tres Personas, tiene como "término" la introducción de la criatura en la vida trinitaria, pues la gracia es inseparable de las misiones invisibles del Hijo y del Espíritu Santo, y en este sentido "ad intra". Sólo la creación "*passive sumpta*", sería meramente "ad extra". "No parece infundado atribuir un significado más profundo al de una simple "apropiación" a expresiones tradicionales como la de S. Andrés de Creta, según el cual María es la "Madre de la cual proviene sobre todos el Espíritu". *Habría que entenderlo en sentido propio, como referido a la tercera Persona.*

Ocáriz hace suya la conocida tesis de *J.M. Scheeben*, que exponíamos arriba, según la cual la misión de una Persona divina consiste en el hecho de que la criatura participa de ella, por una unión y semejanza participada "propia" -no sólo apropiada- a cada Persona, introduciéndonos así -terminativamente- en la inmanencia de la corriente de vida trinitaria como hijos del Padre en el Unigénito por obra del Espíritu. *La unión al Espíritu Santo plasma la semejanza al Hijo, en el cual y por el cual somos hijos del Padre, en María y con María como molde maternal en el cual nos modela el Espíritu Santo según el modelo -conforme a su imagen- de Jesucristo, el primogénito entre muchos hermanos<sup>43</sup>, haciéndonos partícipes de la plenitud<sup>44</sup> de Mediación y de Gracia capitales, en, con, y a través*

---

<sup>41</sup> Sto. Tomás (In Ev. Juan. c.1, lec. X). Distingue tres aspectos de su plenitud de gracia: en primer lugar, la total inmunidad de pecado y la perfección de las virtudes; en segundo término, aquello que Sto. Tomás llama la *refuentia* o *redundantia* de la divinización del alma de María en su carne; y, finalmente, como consecuencia de esto, la plenitud de gracia conlleva que Ella sea, en cierto sentido, fuente de gracia para los hombres. Cfr. F. OCÁRIZ, *Ibid.*

<sup>42</sup>Cfr. NICOLÁS CABASILAS, *Homilías sobre la Asunción*, 10, 11. La Asunción de María al cielo, por tanto, no fue otra cosa que el efecto pleno de su <<espiritualización>>.

<sup>43</sup>F. OCÁRIZ, *La mediazione materna de María nella RM*, Romana 1987 p.311s. *María y la Trinidad*, Scripta theologica, 20 (1988), pp 771-798.

<sup>44</sup> "Aquella bendición (Ef.1,3) de la que Dios Padre nos ha colmado en los cielos en Cristo", es una bendición espiritual que se refiere a todos los hombres... Sin embargo, se refiere a María de modo especial y excepcional. La "llena de Gracia" según el saludo del Angel, fué saludada por Isabel como bendita entre las mujeres...

*de la mediación y gracia maternales de María, Mediadora maternal en el "Unus Mediator"*.

Por esta razón -como dice Juan Pablo II- "María está como envuelta por toda la realidad de la comunión de los Santos, su misma unión con su Hijo en la gloria está dirigida toda ella hacia la plenitud definitiva del Reino, cuando Dios sea todo en todas las cosas" (RM 41c). Es decir, *que la unión de María con Cristo consumada en la gloria, es la raíz más profunda de la presencia de ejemplaridad y de influjo maternal santificador del Espíritu Santo, en y a través de María* unida a Cristo Mediador de modo indisoluble, que ejerce su maternidad en y a través de la Iglesia -de su mediación en Cristo (cfr. RM, 8a)-, y *del carácter derivado de la maternidad de la Iglesia respecto a la mediación materna de María*.

"Los hombres reciben la gracia de Dios a través de Cristo y de María porque, en un sentido mucho más real y profundo -y, por eso, mucho más misterioso- que el de la palabra de Lucas referidas a los primeros cristianos (cfr. Act 4, 32), María es *cor unum et anima una* con Cristo. Por esto, como decía Mons. Escrivá, el cristianismo encuentra en María <<todo el amor de Cristo>> y, en Cristo, se ve metido en esa vida inefable de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo"<sup>45</sup>, de la que nos hace partícipe el Espíritu Santo en el seno de María, que ejerce su maternidad en y a través de la Iglesia que nace del Costado y de la espada de dolor de la Mujer. *De su mediación salvífica -unidual (capital y maternal de Cristo y de María) brota el agua viva del Espíritu*.

*Desde esta perspectiva aparece la Iglesia "Esposa de Cristo" como una "mystica Persona"*. La Iglesia es persona en sentido meramente metafórico, como justamente propone J. Maritain (si bien desde otros presupuestos filosóficos que no comparto). Sostengo que la Iglesia es *uno de los analogados, en sentido propio y formal, de la noción de persona*- que se constituye como tal, siempre y sólo, por la relación de origen- en virtud de su relación originaria a la ejemplaridad e influjo materno de María, en el misterio de su mediación materna. Bien entendido que ésta es -en relación "unidual" con Cristo, único Mediador entre Dios y los hombres (1 Tim 2,5)- radicalmente subordinada a la del Salvador, que -como nuevo Adán- quiso asociar a su Madre, como nueva Eva, en la restauración de la vida sobrenatural perdida por el pecado de los orígenes. De la Mediación capital de Cristo deriva, en efecto, aquella mediación maternal de María y -subordinada a ambas- la de la Iglesia. (De El, el Ungido por el Espíritu "sin medida" -de su plenitud desbordante de mediación y de vida- todos recibimos). *La Mediación materna de María, es -así entendida- el fundamento inmediato de esa misteriosa personalidad, en sentido propio y formal, de la Iglesia, esposa de Cristo*. Sólo una correcta metafísica de la relación y de la persona permite advertirlo, como nuestro en otros estudios<sup>46</sup>.

---

La razón de este doble saludo es que en el alma de esta "hija de Sión" se ha manifestado, en cierto sentido, toda la "gloria de la Gracia" con la que el Padre nos agració en el amado". El mensajero la llama "Kejaritome"..." no con el nombre que le es propio en el registro civil "Miriam", sino con ese nuevo nombre: llena de gracia... la plenitud de gracia de la que se beneficia María por haber sido elegida y destinada a ser Madre de Cristo" (RM 9). De esa plenitud relativa derivada de la absoluta plenitud de Cristo Cabeza -en indisoluble unión- todos nosotros recibimos (Cf. Jn 1,16).

<sup>45</sup>Cfr. F. OCÁRIZ, *ibid*.

<sup>46</sup>Cfr. J. FERRER ARELLANO, *Metafísica de la relación y de la alteridad*, cit. cc. I y III. De este asunto he tratado en algunos estudios teológicos, tales como *Eclesiología implícita en el Protoevangelio* en Actas del XVI Simposio de Teología de 1994 de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1996, 537-564, y *La persona mística de la Iglesia esposa del nuevo Adán*, en *Scripta theologica*, 1995 (27) 789-860.

*La Iglesia Esposa de Cristo subsiste como Persona, en sentido propio, en la Iglesia fundada sobre la firme roca de Pedro, en virtud de la materna mediación de María, "la Madre de los vivientes" (nueva Eva), como sacramento y arca de salvación -la "Catholica"- que atrae por obra del Espíritu a su seno materno a todos los hombres de buena voluntad, formándose progresivamente así la estirpe espiritual de la Mujer -profetizada en el Protoevangelio y tipificada por toda una corriente mesiánica femenina en el trasfondo bíblico de la Hija de Sion- que no es otra que "el Pueblo mesiánico que tiene por cabeza a Cristo y la común dignidad de hijos de Dios en los cuales habita el Espíritu Santo como en un templo" (cf. LG,9b). Es el Cristo total, en la plenitud del reino consumado, cuando se haya completado el número de los elegidos, que vió S. Juan en Patmos en la imagen de la nueva Jerusalén -nuestra Madre (Gal.4,26)- que desciende del cielo como Esposa engalanada para su Esposo (Ap 21,2): "tabernáculo de Dios entre los hombres" (Ap 21,3) en el pleno cumplimiento escatológico de la nueva y eterna alianza".*

J. FERRER ARELLANO